

tanto y más que el otro; capaz de deshacerle entre sus brazos, de arrojarle tan alto como una pelota...» Dejaba de pensar en sus tristezas y en su cólera. Miraba como tonto los accidentes del paisaje, los palos del telégrafo que iba dejando atrás de tarde en tarde. Tuvo que levantar los vidrios de las ventanillas porque el polvo le sofocaba. El sol le aburría y le picaba; no había cortinas. El viaje se hacía interminable. Aquella media legua se había estirado indefinidamente. «El Marqués se había portado como un grosero no ofreciéndole un asiento en su coche. La culpa la tenía él que había aceptado el convite. ¿Pero qué remedio?»

Oyó el estrépito de cascos de caballos que machacaba la grava reciente detrás de la berlina. Se asomó á ver quiénes eran los jinetes y reconoció á don Alvaro y á Paco que pasaron al galope de dos hermosos caballos blancos, de pura raza española.

Ellos no le vieron; el placer de la carrera los llevaba abortos y no repararon en la misera berlina que seguía al paso. Incapaz de toda noble emulación, el mísero jaco de alquiler siguió caminando lo menos posible, seguro de que la felicidad no estaba en el término de ninguna carrera de este mundo. Para comer mal siempre se llega a tiempo. Esta era toda su filosofía. El cochero debía de ser discípulo del caballo.

Cuando el Magistral llegó al Vivero no había ningún convidado en la casa, ni los Marqueses, ni los de Quintanar estaban tampoco.

Petra se le presentó vestida de aldeana, con una coquetería provocativa, luciendo rizos de oro sobre la cabeza, el dengue de pana sujeto atrás, sobre el justillo de ramos de seda escarlata muy apretado al cuerpo esbelto; la saya de bayeta verde de mucho vuelo cubría otra roja que se vislumbraba cerca de los piés calzados con botas de tela. Estaba hermosa y segura de ello. Sonrió al Magistral, y dijo:

—Los señores están en San Pedro.

—Ya lo suponía, hija mía, pero vengo muerto de sed y...

La aldeana fingida sirvió en la glorieta del jardín al Magistral un refresco delicioso que improvisó con arte.

—Dios te lo pague, Petrica.

Y hablaron.

Hablaron de la vida que hacían allí los señores.

Petra dijo que doña Ana parecía otra; ¡qué alegre! ¡qué revoltosa! nada de encerrarse en la capilla horas y horas, nada de rezar siglos y siglos, nada de leer á su Santa Teresa eternidades... Vamos, era otra. ¿Y salud? Como un roble.

—¿El señorito Paco vino?—preguntó de repente De Pas.

—Sí, señor, hará un cuarto de hora. Llegaron él y el señorito Alvaro, á caballo, á escape; tomaron un refresco como Vd., y corrieron á San Pedro... Creo que no habían oído misa y quisieron coger la de la fiesta...

En aquel momento, hacia oriente sonaron estrepitosos estallidos de cohetes cargados de dinamita.

—Ya están al alzar—dijo la doncella.

Petra observaba con el rabillo del ojo la impaciencia del Magistral, que preguntó:

—¿La iglesia está cerca, creo, saliendo por ahí por el bosque, verdad?

—Sí, señor; pero hay tres callejas que se cruzan y puede darse en el río en vez de... si quiere Vd. ir, le acompañaré yo misma; ahora no tengo nada que hacer allá dentro...

—Si eres tan amable...

Petra echó á andar delante del Magistral. Por un postigo salieron de la huerta y entraron en el bosque de corpulentas encinas y robles retorcidos y ásperos.

Ocupaba el bosque las laderas de una loma y el altozano, que era lo más espeso. Subían un repecho y don Fermín veía los bajos irisados de chillona bayeta que mostraba sin miedo Petra, más algo de la muy bordada falda blanca y de una media de seda calada, refinada coquetería que quitaba propiedad al traje y por lo mismo le daba picante atractivo.

—¡Qué calor, don Fermín!—decía la rubia, enjugando el sudor de la frente con pañuelo de batista barata.

—Mucho, rubita, mucho—respondía el Magistral, desabrochándose el maldito balandrán y soplando con fuerza.

—Y eso que á Vd. la fatiga no debe rendirle, que allá en Matalerejo tengo entendido que corre como un gamo por los vericuetos...

—¿Quién te lo ha dicho á ti?

—¡Bah! Teresina...

—¿Sois amigas, eh?

—Mucho.

Silencio. Los dos meditan. El canónigo reanuda el diálogo.

—No creas; yo, aquí donde me ves, soy un aldeano; juego á los bolos que ya ya...

Petra se detuvo y se volvió para ver á don Fermín que hacía el ademán de arrojar una bola de roble por la cóncava bolera adelante...

Rió la doncella y continuando la marcha, dijo:

—No, que es Vd. fuerte no necesita decirlo: bien á la vista está.

Callaron otra vez.

Detrás de la loma, y ya más cerca, estallaron cohetes de dinamita y en seguida la gaita y el tamboril de timbre tembloroso, apagadas las voces por la distancia, resonaron al través de la hojarasca del bosque.

La gaita hablaba á las entrañas del Provisor y de

Petra, ambos aldeanos. Volvieron á mirarse y á sonreirse.

—Ya vuelven—dijo Petra, deteniéndose de nuevo.

—¿Llegamos tarde?

—Sí, señor; la comitiva tomará el camino de la calleja de abajo y cuando lleguemos nosotros á la iglesia, ya estarán en el Vivero...

—De modo...

—De modo, que es mejor volvernos. ¡Ay, don Fermín, perdóneme Vd. este paseo... esta molestia...

—No, hija, no hay de qué... al contrario... Aquí se está bien... esta sombra... pero yo estoy algo cansado... y con tu permiso... entre aquellas raíces, sobre aquel montón verde y fresco de yerba segada... ¿eh? ¿qué te parece? voy á sentarme un rato...

Y lo hizo como lo dijo.

Petra, sin atreverse á sentarse y sin querer dejar el puesto, miró al suelo ruborosa, hizo movimientos felinos, y se puso á retorcer una punta del delantal...

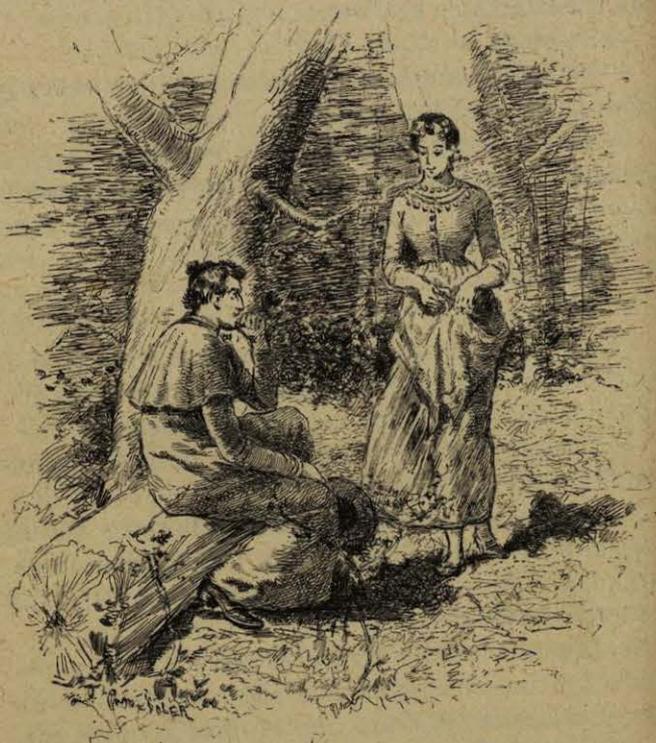
—¿Cansado? ¡bah!—se atrevió á decir—un mozo como Vd....

La gaita y el tambor llenaban las bóvedas verdes con sus chorretadas alegres ahora, luégo melancólicas, cargadas siempre de ideales perfumes campestres, de recuerdos amables.

El Magistral mordía yerbas largas y ásperas y meditaba con una sonrisa amarga entre los labios. «¡Ironías de la suerte! El fruto que se ofrecía, que le caía en la boca, allí... despreciado... y el imposible codiciado... cuanto más imposible, más codiciado... Sin embargo, para que fuese menos ridícula su situación en el Vivero, le parecía muy oportuno poner por obra lo que meditaba. Y además, á él le convenía tener de su parte á la doncella de la Regenta, hacerla suya, completamente suya...»

—Petra...

—¿ Señor ?—gritó ella fingiendo susto.
 —¿ Quieres crecer ? Pues bastante buena moza eres. Mira, no seas tonta... si no tienes prisa... puedes sentarte... Así como así, yo quisiera preguntarte... algunas cositas respecto de...



—Lo que Vd. quiera, don Fermín. Por aquí de fijo no pasa nadie ; porque, sobre que poca gente atraviesa el bosque para ir á la iglesia, los que van siguen la trocha de abajo... por aquí rara vez pasa un alma. Pero si Vd. quiere hablar á sus anchas, allá un poco más arriba hay una cabaña que se llama la casa del leñador; es muy fresca y tiene asientos muy cómodos...

—Mejor que mejor. Hablaremos más á gusto. Vamos allá.

Se levantó y emprendieron la marcha. Subían en silencio. El monte se hacía más espeso.

La gaita y el tambor sonaban ya muy lejos, como una aprensión de ruido.

Petra, al llegar á la casa del leñador, se dejó caer sobre la yerba, algo distante de don Fermín ; y encarnada como su saya bajera, se atrevió á mirarle cara á cara con ojos serios y decidores.

El Magistral se sentó dentro de la cabaña. Hablaron.

Por algo don Fermín temía el momento de encontrarse con la comitiva, como decía Petra. Cuando media hora después entraba solo por el postigo del bosque en la huerta, lo primero que vió fué á la Regenta metida en el pozo seco, cargado de yerba, y á su lado á don Alvaro que se defendía y la defendía de los ataques de Obdulia, Visita, Edelmira, Paco, Joaquín y don Víctor que arrojaban sobre ellos todo el heno que podían robar á puñados de una vara de yerba, que se erguía en la próxima pomarada de Pepe el casero.

El Marqués gritaba desde la galería del primer piso:

—¡ Eh, locos ! locos ! que os echo los perros, que destrozais la yerba de Pepe... ¿ Qué va á cenar el ganado ? Locos !... —Pepe, no lejos del pozo, vestido con los trapos de cristianar, más una corbata negra que había creído digna de un factor, dejaba hacer, dejaba pasar, se rascaba la cabeza y sonreía gozoso...

—Deje, señor, deje que *rebrinquen* los señoritos, que la *erba* yo la apañaré... en sin perjuicio...

La Regenta, con la cabeza cubierta de heno, con los ojos medio cerrados, no pudo ver al Magistral hasta que se acabó la broma y le tocó salir del pozo... con ayuda de don Alvaro y los que estaban fuera.

No se avergonzó de que su confesor la hubiera visto en tal situación... Le saludó amable, bulliciosa, y volvió con Obdulia, con Visita y con Edelmira á correr por la huerta, seguidas de Paco, Joaquín, don Alvaro y don Víctor.

Del Magistral se apoderó el Marqués que le llevó al salón donde estaban la Marquesa, la gobernadora civil, la Baronesa y su hija mayor, que no quería correr con *aquellos locos*; el Barón, Ripamilán, Bermúdez, que tampoco quería correr, Benítez el médico de Anita, y otros vetustenses ilustres.

—Mire Vd., señor Provisor—dijo Vegallana;—la fiesta se ha dividido en dos partes: como Pepe es el factor, ha convidado á todos los curas de la comarca, catorce salvó error; yo les he propuesto venirse á comer aquí con nosotros, pero como algunos de ellos son cerriles, comprendí que preferían verse libres de damas y caballeres de la ciudad y se les ha puesto su mesa en el palacio viejo, donde yo pienso acompañarlos. Ahora bien, yo proponía á Ripamilán que viniese conmigo, pero él no quiere... Si Vd. fuese tan amable que me acompañara, aquellos buenos párrocos se creerían honrados infinitamente... ¡ya ve Vd., como Vd. es el señor Vicario general!...

No hubo más remedio. El Magistral tuvo que comer con el Marqués y los curas en el palacio viejo.

Petra se encargó de presidir el servicio de la *mesa de aldea*, aún vestida de aldeana del país, y colorada, echando chispas de oro de los rizos de la frente, y chispas de brasa de los ojos vivos, elocuentes, llenos de una alegría maligna que robaba los corazones de los aldeanos y de algunos clérigos rurales.

Á la hora del café don Fermín no pudo resistir más, se escapó como pudo y volvió á la casa nueva, donde la algazara había llegado á ser estrépito de los diablos. En el momento de entrar él, don Víctor (con una mon-

tera *picona* en la cabeza) cantaba un dúo con Ripamilán, rejuvenecido, junto al piano, que tocaba como sabía don Alvaro, con un puro en la boca, zarandeando el cuerpo y cerrando y abriendo los ojos brillantes que el humo del cigarro cegaba.

Las señoras ya no estaban allí. La Marquesa, la gobernadora y la Baronesa paseaban por la huerta; la gente *joven*, Obdulia, Visita, Ana, Edelmira y la niña del Barón, corrían solas por el bosque.

Se las oía gritar, desde la galería de cristales. Obdulia, Visita y Edelmira llamaban con aquellas carcajadas y chillidos á los hombres.

Así lo comprendió Joaquín que propuso á Paco dejar el concierto de Quintanar y don Cayetano y correr detrás de *aquellas*.

—Deja, luégo—decía Paco, que gozaba mucho con las canciones antiquísimas de Ripamilán y ya se iba cansando á ratos de su prima.

Cuando Quintanar y el Arcipreste se quedaron roncocos, que fué pronto, se dejó el piano y se cumplieron los deseos de Orgaz. Él, Paco, Mesía y Bermúdez salieron de la casa y entraron en el bosque. «Ya no se oían los gritos de *aquellas*.» «¿Se habrían escondido?» «Eso debía de ser.»

«Á buscarlas cada cual por su lado.»

«¡Magnífico! ¡magnífico!»

Se dispersaron y pronto dejaron de verse unos á otros.

Bermúdez, en cuanto se sintió solo, se sentó sobre la yerba. Un encuentro á solas con cualquiera de aquellas señoras y señoritas en un bosque espeso de encinas seculares, le parecía una situación que exigía una oratoria especial de la que él no se sentía capaz. Y, sin embargo, ¡qué deliciosa podría ser una conferencia íntima con Obdulia ó con Ana *sobre la verde alfombra!*

El Magistral tuvo que quedarse con Ripamilán, don Víctor, el gobernador, Benítez y otros señores graves. Benítez era joven, pero prefería hacer la digestión sentado y fumando un buen cigarro.

Don Víctor se acercó al médico, en el hueco de un balcón y De Pas pudo oír el diálogo que entablaron.

—¡Oh! no puede Vd. figurarse cuánto le debo.

—¿Á mí, don Víctor?

—Sí, á Vd.; Ana es otra. ¡Qué alegría, qué salud, qué apetito! Se acabaron las cavilaciones, la devoción exagerada, las aprensiones, los nervios... las locuras... como aquella de la procesión... Oh, cada vez que me acuerdo se me crisan los... pues nada, ya no hay nada de aquello. Ella misma está avergonzada de lo pasado. Se ha convencido de que la santidad ya no es cosa de este siglo. Este es el siglo de las luces, no es el siglo de los santos. ¿No opina Vd. lo mismo, señor Benítez?

—Sí señor—dijo el médico sonriendo y chupando su cigarro.

—¿De modo que Vd. opina que mi mujer está curada del todo?... radicalmente?...

—Doña Ana, amigo mío, no estaba enferma; se lo he dicho á Vd. cien veces; lo que tenía se curaba sin más que cambiar de vida; pero no era enfermedad... por eso no puede decirse con exactitud que se ha curado... por lo demás... esa misma exaltación de la alegría, ese optimismo, ese olvido sistemático de sus antiguas aprensiones... no son más que el reverso de la misma medalla.

—¿Cómo? Vd. me asusta.

—Pues no hay por qué. Doña Ana es así; extremosa... viva... exaltada... necesita mucha actividad, algo que la estimule... necesita...

Benítez mascaba el cigarro y miraba á don Víctor, que abría mucho los ojos, con expresión misteriosa de lástima un poco burlesca.

—¿Qué necesita?

—Eso... un estímulo fuerte, algo que le ocupe la atención con... fuerza;... una actividad... grande... en fin, eso... que es extremosa por temperamento... Ayer era mística, estaba enamorada del cielo; ahora come bien, se pasea al aire libre, entre árboles y flores... y tiene el amor de la vida alegre, de la naturaleza, la manía de la salud...

—Es verdad; no habla más que de salud la pobrecita.

—¡Qué pobrecita! Pobrecita por qué?

—¿Por qué? por esos extremos... por esos estímulos que necesita...

—¿Y eso qué importa? Su temperamento exige todo eso...

—¿De modo que Vd. cree que ayer era devota, exageradamente devota porque... tal vez había quien influía en su espíritu en cierto sentido?...

—Justo. Es muy probable.

Don Víctor, aturdido como solía, hablaba sin miedo de ser oído, sin ver al Magistral, que fingiendo leer un periódico y á ratos atender á Ripamilán, se esforzaba en no perder ni una palabra del diálogo del balcón.

—¿De modo... que el cambio de Anita se debe á... otra influencia?... su pasión por el campo, por la alegría, por las distracciones se debe... á nuevo influjo?

—Sí señor; es un aforismo médico: *ubi irritatio ibi fluxus*.

—Perfectamente! *Ubi irritatio... justo, ibi... fluxus!* Convencido! Pero aquí el nuevo influjo... ¿dónde está? Veo el otro, el clero, el jesuitismo... pero, ¿y éste? ¿quién representa esta nueva influencia... esta nueva *irritatio* que pudiéramos decir?...

—Pues es bien claro. Nosotros. El nuevo régimen,

la higiene, el Vivero... Vd... yo... los alimentos sanos... la leche... el aire... el heno... el tufillo del establo... la brisa de la mañana... etc., etc.

—Basta, basta; comprendido... la higiene... la leche... el olor del ganado... magnífico!... De modo que Ana está salvada!

—Sí señor.

—Porque esta nueva exageración no puede llevarnos á nada malo?...

Benítez escupió un pedazo del puro, que había roto con los dientes, y contestó con la misma sonrisa de antes:

—Á nada.

—¡Santa Bárbara!—gritó Quintanar cerrando los ojos y poniéndose en pié de un salto.

Y tras el relámpago, que le había deslumbrado, retumbó un trueno que hizo temblar las paredes. Cesaron todas las conversaciones, todos se pusieron en pié; Ripamilán y don Víctor estaban pálidos. Eran dos hombres valientes de veras que se echaban á temblar en cuanto sonaba un trueno.

Ripamilán, aunque algo sordo de algunos años acá, había oído perfectamente la descarga de las nubes y ya se sentía mal. No tenía bastante confianza para pedir un colchón con que taparse la cabeza, según acostumbraba hacer en su casa.

Todos los convidados, menos los dos miedosos, se acercaron á los balcones para ver llover. Caía el agua á torrentes. Allá al extremo de la huerta se veía á la Marquesa y á las señoras que la acompañaban refugiadas bajo la cúpula del Belvedere que dominaba el paisaje, en una esquina del predio, junto á la tapia.

—Y los chicos?—preguntó Ripamilán asustado, fingiendo temer por los demás.

Llamaba *los chicos* á los que habían salido al bosque.

—Es verdad! ¿Qué era de ellos? Hay que buscarlos... Se van á poner perdidos—exclamó Quintanar, acordándose de su mujer, lleno de remordimientos por no haberlo dicho antes.

El Magistral no pensaba en otra cosa, pero callaba. Estaba pasando un purgatorio y aquello era ya el colmo. «Los otros en el bosque... y el cielo cayendo á cántaros sobre ellos... ¡Á qué cosas no estaría obligando la galantería á don Alvaro en aquel momento!»

—Es preciso ir á buscarlos—decía el gobernador.

—Hay que llevarles paraguas...

—Y el caso es que la Marquesa está sitiada por el chubasco allá abajo y no puede disponer...

—Y el Marqués está con sus curas en el palacio viejo y no puede venir y mandar...

Y se deliberó largamente qué se haría.

—Hay que salvar á los náufragos—dijo el Barón á guisa de chiste.

El Magistral, que había salido del salón, se presentó con dos paraguas grandes de aldea, verdes, de percal. Ofreció uno á don Víctor, diciendo:

—Vamos, Quintanar, Vd. que es cazador... y yo que también lo soy... al monte! al monte!

Y con los ojos, al decir esto, se lo comía, y le insultaba llamándole con las agujas de las pupilas idiota, Juan Lanas y cosas peores.

—¡Bravo, bravo!—gritaron aquellos señores, que aplaudían el heroísmo ageno.

Un trueno formidable, simultáneo con el relámpago, estalló sobre la casa y puso pálidos á los más valientes.

—¡Vamos, vamos, pronto!—gritó el Magistral, cuya palidez no la causaba la tormenta. El trueno le sonaba á carcajadas de su mala suerte, á sarcasmos del diablo que se burlaba de él y de su miserable condición de clérigo.

—Pero... don Fermín—se atrevió á decir Quintanar—por lo mismo que soy cazador... conozco el peligro... El árbol atrae el rayo... Ahí arriba también hay laureles, el laurel llama la electricidad; ¡si fueran pinos menos mal! pero el laurel!...

—¿Qué quiere Vd. decir? ¿Que los parta un rayo á los otros? No ve Vd. que con ellos está doña Ana...

—Sí, verdad es,... pero ¿no podría ir Pepe con algún criado... con Anselmo...? Vd. va á mojarse el balandrán... y la sotana...

—¡Al monte! don Víctor, al monte!—rugió el Provisor.

Y la voz terrible fué apagada por un trueno más horrisono que los anteriores.

—Señores—dijo Ripamilán que estaba escondido en una alcoba.—No se apuren Vds., los chicos deben de estar á techo.

—Cómo á techo?...

—Sí, Fermín, no se asuste Vd. Á techo... en la casa del leñador que Vd. no conoce; es una cabaña rústica, que el Marqués hizo construir con cañas y césped allá arriba, en lo más espeso del monte...

El Magistral no quiso oír más. Salió con un paraguas bajo el brazo y dejó caer el otro á los piés de don Víctor.

El cual recogió el arma defensiva, que llamó escudo para sus adentros, y siguió sin chistar «al loco del Magistral», sin explicarse por qué se empeñaba en que fueran ellos á buscar á la Regenta y no los criados.

Tampoco los señores del salón comprendían aquello; y sonreían con discreta y apenas dibujada malicia al decir que era un misterio la conducta del Magistral.

—Tenía razón don Víctor—advirtió el Barón—¿por qué no habian de haber ido los criados?

—Además—dijo el gobernador—eso parece una lec-

ción á todos nosotros, especialmente á Vd. que tiene por allá á su hija...

El trueno que estalló en aquel instante se le antojó á Ripamilán que había metido cien rayos en la casa.

El miedo ya era general.

—Ea, ea, señores—dijo el Arcipreste desde la alcoba—á rezar tocan; yo voy á rezar con permiso de ustedes... *In nomine Patris...*

